

Axiomas Batllistas



SANTA LUCIA

===== 1930 =====

Axiomas Batllistas



SANTA LUCIA

===== 1930 =====

AXIOMAS BATLLISTAS

Folleto de propaganda cuya redacción fué encargada a nosotros por el Club Batllista de Santa Lucía.

ADVERTENCIA

El Club Batllista de Santa Lucía considerará éxito satisfactorio que otros clubes del País reproduzcan este folleto en los órganos de publicidad de que dispongan.

Algunos de estos axiomas están, expresados o implícitos, en la Carta Orgánica y en el programa de principios, una y otro en su totalidad hechos de axiomas aprobados por la Convención Batllista. Algunos, no se encuentran allí, y no, porque tan notorios son que se ha considerado innecesario escribirlos. Todos y muchos que no exponemos para no dar excesiva latitud a este trabajo, a nuestro entender y según lo entiende el Club que representamos en esta emergencia, son dignos de ser proclamados enérgicamente, de un extremo a otro del territorio nacional, para uniformación de las conductas individuales y conseguimiento de mayor cohesión partidaria. Porque es el caso que aunque

se trata de verdades incontrovertibles y notorias *en la boca de todos*, se ha visto más de una vez, hechos perniciosos en grado sumo, que probarían el desconocimiento de dichas verdades notorias e incontrovertibles.

Sin embargo de nuestra esperanza de triunfar en nuestro intento, abrigamos junto a esa esperanza el recelo de dar fiasco.

Efectivamente. Tememos que de lo que exponemos algunos tópicos parezcan desenvueltos con demasiada dureza para ciertos correligionarios y que otros resulten excesivamente amargos para otros, de donde que nadie quede sin resquemor y nadie nos acompañe.

¿Qué se le va a hacer! Materia delicada es el espíritu humano y no está quien quiere sino quien puede facultado para modificarlo a voluntad.

EXPLICACION PRELIMINAR

En matemáticas, axioma es una verdad que no necesita demostración, o sea una verdad evidente por sí misma. Así por ejemplo: dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí.

En política hay verdades que son evidentes para unos, y no para otros. Para éstos son verdades, sí, pero que necesitan ser demostradas. En consecuencia, ante cierto grado de evolución mental de los ciudadanos, algunos axiomas resultan teoremas. Y es de estas verdades, axiomáticas para unos, pero teoremáticas para otros, y que creemos fundamentales para todos en cuanto componen un prin-

cipismo indispensable para la acción eficiente de cada correligionario, que nos ocuparemos en este trabajo.

Les decimos axiomas, por consiguiente, no tanto por su universal evidencia, puesto que ante ciertos ojos esa evidencia, repetimos, no existe, como por la necesidad de que se les acepte de plano y por todos los batllistas, y como por la aspiración a que, dentro de poco tiempo, no exista nadie, batllista, que no considere axiómicas todas las verdades a que nos referimos.

Si esos axiomas o teoremas no fueran aceptados sin discrepancia, el Batllismo no sería posible. Y tan imprescindibles son, como lo son los dogmas en materia religiosa. Nadie los niegue. Nadie dude de ellos. Y lo mismo el que llegue a negarlos como el que caiga en dudas a su respecto, considérese ipso facto y, por sí, eliminado de la colectividad batllista.

EL SOMETIMIENTO A LA MAYORIA

El primer axioma está constituido por el absoluto respeto a las decisiones de la mayoría.

La mayoría manda.

En el Club, en el comité, en las comisiones, en las agrupaciones, en la Convención, en las asambleas batllistas todos gozan de libertad de opinión y de libertad de voto. La libertad de cada batllista mientras se delibera, no tiene más límites que el que señalan los reglamentos destinados a mantener el orden de las discusiones y garantizar la eficacia de las mismas. Cada batllista puede realizar la propaganda que quiera por cualquier tesis o por cualquier candidatura.

Pero desde el instante en que se ha proclamado una votación, todos, hasta los más contrarios a la doctrina que ha triunfado, deben hacerse partidarios de esa doctrina, y hasta los más irreconciliables enemigos del candidato victorioso, deben acompañarlos con su apoyo. (1)

Tiempo habrá siempre de volver por la revancha en otra etapa de la vida partidaria; tiempo habrá de luchar de nuevo, cuando en otra ocasión se reabra el debate.

(1) Y si se ha de adoptar varias soluciones o se han de proclamar más de una candidatura también la mayoría quien ha de establecerlo.

La democracia es eminentemente evolutiva. Ninguna resolución puede ser considerada definitiva. A poco de andar, otras tesis y otras candidaturas surgen y triunfan a su vez. De modo que la resignación, es virtud que puede ser ejercida sin sacrificio.

Completamente desprestigiado el concepto de las antiguas aristocracias, no queda por vencer, para que esto que vamos diciendo sea absolutamente efectivo, sino el concepto de la aristocracia intelectual y los desplantes de la incultura.

Los ilustrados, muy a menudo se revelan contra las mayorías. Suelen creer que es indecoroso el sometimiento a los más, porque en general los más no son los mejores. Los intelectuales a veces, aunque enemigos de las élites de las añejas organizaciones sociales, élites de sangre y privilegiados de casta, suponen que la democracia está directamente destinada a respetar también una élite, la de la ilustración y la inteligencia. Y cuando la mayoría los deshaucia, y consagra a otros, tienden a menudo a encastillarse en sus opiniones manifestadas, y se separan.

En lugar de marcar el paso hasta que un nuevo alto y una nueva deliberación les permita tornar a la lucha dentro del partido, una y otra vez se les ve tomar por el atajo y fundar una agrupación nueva. No se percatan de que en vez de admitir los fallos de la mayoría, único juez posible en la práctica, se abrogan a sí propios, a pesar de ser parte, la calidad de juez. Poseídos de orgullo desconocen en las mayorías aptitudes para juzgar, y

no se dan cuenta de que dichas aptitudes deberían ser sospechadas primero en ellos, puesto que ellos son parte, repetimos, en el juicio. No reconocen en esos instantes de extravío que la única demostración eficiente de su ilustración y de su inteligencia, desde el punto de vista de la utilidad social y política, debe consistir en la conquista, por medio de la palabra, de la actitud y de la acción, de la mayoría que los desaira.

Fuera de duda que la orientación general de la democracia conduce a la formación de una élite inteligente e ilustrada. Pero la inteligencia y la ilustración han de sufrir primero la pugna dentro de la colectividad. Para erigirse en élite directriz, debe antes sufrir y convencer, comunicar cultura. El título académico y el aprecio otorgado por otros hombres ilustrados e inteligentes, no bastan. No basta ser orador. No basta ser escritor de garra. No basta ser hombre de ciencia. No basta ser gran artista, etc.; tampoco es bastante ofrecer virtudes de financista, de político, de estadista, que se diría que es lo que se necesita para triunfar.

En puridad lo que se necesita, y es bastante, consiste en aquella singularísima contextura psíquica que responda bien, en cada determinado momento histórico, a la psicología popular.

Para triunfar se requiere el beneplácito de la masa. ¿Que el pueblo se equivoca? Paciencia. ¿Que el pueblo es pasional y arrebatado? Paciencia también. ¿Que el pueblo es ignorante? ¿Que es venal? ¿Que se compra con promesas falaces? ¿Que se deja engañar y obedece a astutos caciquillos que

se confabulan para repartirse autoridad, dinero y figuración, sin ningún noble ideal que los dignifique? Paciencia todavía.

Corresponde a los hombres cultos someterse a esa imposición de tiempos nuevos, dado que todas las imposiciones a que ha habido que someterse ayer, fueron peores. Y corresponde, eso sí, desde el sometimiento continuar la tesonera prédica por el ideal hasta obtener el apoyo de la mayoría.

Cuando el pueblo sea transformado por los intelectuales, éstos tendrán derecho a predominar.

Corresponde por ahora, desde el sometimiento, no escatimar esfuerzos en pro del altruísmo y de la superioridad colectiva. Y lo que no corresponde, por ser igual que una claudicación o que una huída, es hacer lo que altas personalidades de la actualidad, ni lo que otras menos altas, de clubes, que a dos por tres instalan partido o club aparte, ni lo que hacen ciertas figuras políticas de los departamentos, que prefieren constituir núcleo separado, en vez de actuar y combatir por sus ideas y por sus candidatos, dentro de su Departamental.

El acatamiento, la obediencia sumisa a la mayoría, es lo que permite que exista Partido, y que éste crezca en poder y en eficacia.

Principio de la democracia, ese principio constituye el primer axioma del batllismo.

El que no lo admita como axioma, que lo admita como teorema. Y aquel que por desgracia, ni como teorema lo comprenda, que lo respete como dogma. Y si no, no se es batllista.

El caso del sujeto dotado de ilustración que

se separa del partido por la simple causa de que la mayoría no está a su lado, viene a colocarse en idéntica situación de inmoralidad política, que aquella en que se colocan los pobres diablos que se van del partido, ora porque no se les satisface algún deseo de ubicación en el presupuesto, ora porque no se les presta algún servicio que solicitan. En el fondo se trata de casos de venalidad o de incomprensión.

Y cuando sujetos conocedores de la Historia dan el espectáculo de retirarse mohinos, desilusionados y muy a menudo plenos de odio, porque no han podido vencer a otros que reputan inferiores a ellos, y no solamente reniegan de su partido, sino que además atacan al régimen denominándolo canallocracia o con otros mote, lo que les pasa, en el fondo, es que, dominados por el rencor egoísta de sus fracasos, olvidan que ninguna canallocracia mayor, que la de los viejos regímenes aristocráticos. Y conviene redundar.

La última palabra, en sociología y en política, es la obediencia a las mayorías. Si las mayorías son fraudulentas, si se equivocan, si proceden por arrebatos pasionales, si se burlan del interés general y del porvenir, o perjudican de cualquier manera, a las largas o a las cortas la primera perjudicada será la mayoría, y supónese que tarde o temprano se ha de reaccionar y que las sucesivas rectificaciones irán perfeccionando el régimen.

He aquí por qué el principio del acatamiento incondicional a la mayoría, compone el primer axioma del batllismo, democracia modelo ésta, en

la cual todos y cada uno de sus miembros tienen derecho a pretender la conquista de la mayoría frente a los que desde antes, y por los infinitos caminos de la popularidad, no todos decentes, dominan con el poder de las mayorías actuales y sus caudillos.

Por otra parte los denominados caudillos, caciques o demagogos mirados con desprecio por ciertos intelectuales, suelen ser sujetos apreciables. La demagogía, juntura de la coraza del régimen, no hay duda, no es un delito si el demagogo emplea su poder para mejorar la suerte, el bienestar y la cultura de los que lo dotan de fuerza acompañándolos con sus votos.

Observación personal nuestra es, por lo contrario, que los que más vociferan contra los demagogos los caciques y los caudillos son los egoístas, los ineptos y los que son impotentes por más libros que hayan leído y por más que oficien de moralistas. Lo que si, que a veces, se requiere aún siendo sujeto de gran elevación, un gran poder de abnegación para someterse a la mayoría dominadas por individuos de la peor catadura. Y eso si también entiéndese que hemos hablado de someterse y de sometimiento sin abandonar la lucha dentro del Partido, lucha que es un deber ineludible, pues irse o renunciar a ella significa lo que una huída, repetimos y a veces lo que una apostasía según se desprenderá del axioma siguiente.

LA LUCHA CONTRA EL CACIQUISMO

Las palabras cacique electoral, caudillo electoral, demagogo, se emplean para designar personalidades de distinta condición social y política, así esa condición abraza diversidad de simples modalidades o matices de esencia..

Sin embargo para el caso y por sus efectos en una democracia, los tres citados elementos vienen a ser lo mismo. Conductores de multitudes, suerte de condotieros de estos tiempos de transición, venales, carentes de conceptos republicanos.

En el Partido Nacionalista, en donde tanto predominan los analfabetos es mayor el número de caciques y la prestancia de cada uno de ellos es mayor. Pero también existen en las fracciones desprendidas del Partido Colorado y en el propio Batllismo. Fueron útiles en las pasadas contiendas cívicas y lo son aún.

Por activos o por hábiles o por aparentemente bondadosos o por agresivos o por ricos o por otras causas los caciques “dones” o doctores acaparan votos y los vuelcan en favor de las listas que conviene a sus estómagos o a sus espectabilidades. Debe reconocerse empero que van realizando el aguerimiento de las turbas, que gracias a ellos se va arraigando la costumbre de votar y la de concurrir a las reuniones políticas. Se oye. Se conversa.

Se lee. Se discute. Se acabará por entender.

A pesar de ese innegable bien que se debe al cacique, agitador o movilizador inferior de los espíritus todavía políticamente amorfos, hay que acabarlo.

Así como en la guerra hecha con ciencia y arte perfeccionados, hubo que eliminar los caudillos guerreros, porque eran indisciplinados e indóciles, exponían a la muerte a hombres, estérilmente, y a derrotas, hay que eliminar o anular en la democracia, el caciquismo.

Acostumbrados a la adulonería de los políticos de fuste y adulados igualmente por sus sacuaces; en general ignorantes o incultos (1) quisquillosos y antojadizos cuando no trastornados por desmedidas ambiciones, los caciques no son quienes, para que se les siga conceptuando “don precisos”.

La custodia de las sagradas obras ideológicas y de los adelantos morales que tenemos, y los progresos que debemos hacer aún, obligan a ello.

Los caciques se pasan con armas y bagajes, fácilmente, por quítame allá esas pajas, a campos contrarios, o se constituyen en partidos independientes, y para ellos, los principios, que se los lleve el diablo.

(1) Es más frecuente encontrar cultura claro que si, en los doctores. Muchos empero han recorrido las aulas y alcanzado el título, sin alcanzar cultura, y en cambio se ve amenudo quienes por innata disposición psíquica o por cualidades adquiridas son sumamente cultos aunque carezcan de título, sea su ilustración precaria, y sean caciques.

Eso no puede ser. Hay que impedir que el caciquismo cunda. Se sabe de casos graves ya producidos en comicios recientes, que asustan a los que sueñan con un porvenir de democracia sana. A la postre, sino se atiende con prontitud a esa enfermedad, que es ingénita del régimen habríamos edificado un pueblo de asalariados.

El Batllismo pues no desea caciques. Y como querer sería veleidar, débil volición de suyo tornadiza, a no cristalizar en plan inteligente y serio, se esfuerza en la intensificación y en la multiplicación de los medios de propaganda principista, y se empeña en robustecer los clubes. Que las autoridades multicápites de asambleas deliberantes, cada día más hechas al raciocinio y al discernimiento, sustituya a los caciques, al actuar sobre la masa.

Y se confía que no se tardará mucho en triunfar, sin necesidad de zaherir a los caciques, víctimas o productos de las épocas antes que culpables.

Los prestigios, los valores, se fraguarán como se fraguan muchos ya, y cada día más, en la demostración de virtudes positivas. de altas dotes intelectuales y morales. Por este camino, el verdadero camino democrático, será posible que se plasmen y eleven, figuras de la talla de Batlle, capaces de conducir ellas solas, a las urnas, inmensas agrupaciones de discípulos, legiones y legiones de ciudadanos conscientes.

Tal otro axioma político del Batllismo.

“LA FE EN EL TIEMPO”

No ignora el Batllismo que el voto libérrimo del pueblo conduce a que se eleve a los primeros puestos, verdaderas mediocridades. Sabe el Batllismo que el pueblo prefiere y elije como mejores, a sus iguales y que el pueblo hoy por hoy es inculto. Ha estudiado y comprendido bien el Batllismo toda la rethaíla de los enemigos del sistema republicano. Sabe que en las repúblicas predomina la intriga y la falsedad de los demagogos. Y sabe todo lo demás también.

Pero el Batllismo no ignora que, de estas culpas que el pueblo paga, el culpable es el pueblo. Que antaño no mandaban las intrigas de los demagogos, pero mandaban las intrigas palaciegas, de donde que los hilos de la farsa, estuvieran en manos de camarlangos y bufones, mientras los hombres cultos se dedicaban a regar sus jardines propios, lo cual maldito en lo que beneficiaba al pueblo. Que por lo menos en las repúblicas, está ampliamente abierto a la libertad de cada uno el camino de la ilustración y del enriquecimiento, y que es posible esperar que, andando el tiempo, los demagogos sean necesariamente ilustrados y los elementos del pueblo estén capacitados para elejir entre los demagogos, a los mejores para gobernantes.

Claro está que ese desideratum no ha de reali-

zarse en una primera etapa.

Pero si ha sido admisible que los otros sistemas, para dar los frutos que han dado, óptimos muchos de ellos, pero muchos deleznales, dispusieran de siglos de siglos, es de admitirse que para que la democracia otorgue su fructificación de mejoramiento humano, se espere a censurarla por lo menos unas cuantas décadas, por lo menos el reducido número de generaciones que se requieren para que se concluya con el analfabetismo, y se concluya también el nefasto miedo de hoy al pauprismo intelectual, alcanzándose por la senda del egoísmo profesionalista, un coeficiente de cultura general más elevado.

El Batllismo no sufre de impaciencia. Su vista se tiende a lo lejos hacia el porvenir sin límites. Concibe el perfeccionamiento del pueblo, por el medio mejor que es el de la democracia, medio y fin. Está resignado a pasar por la prueba de fuego de las primeras etapas, y de ningún modo retrocederá. Su gran fe, es esa.

El miedo de que los demagogos de las primeras etapas sean de tan burda estofa que arrastren la república, a la quiebra económica y a la subversión de los postulados consagrados al perfeccionamiento afectivo e intelectual de la democracia, ese miedo, no lo siente el Batllismo, porque su juicio relativo a la raza es optimista y porque no conviene sentirlo a trueque de quedar empantanados en los viejos y caducos regímenes.

LOS QUE VUELVEN

En el espíritu de algunos batllistas queda como un resabio, desmedido orgullo de su consecuencia partidaria.

Creen esos batllistas que es blasón de depurado batllismo la circunstancia de no haber dejado de ser batllista jamás. Y nadie discute que muchas veces en efecto, el batllismo invariable e invariado de algunos constituye mérito, signo de inquebrantable confianza, y hasta, si se quiere, ensalzable persistencia, inalterada y firme, en el propósito, característica de hombridad, opuesta a la versatilidad propia de la sicología femenil y de los débiles, aunque a veces la versatilidad no es tal si no en apariencia, y en realidad, es condición superior de espíritus muy inteligentes. Pero, partido de ideas, eminentemente evolutivo, el Batllismo tiene que admitir y por fuerza admite la discusión y en consecuencia la discrepancia. Es lógico que muchos hoy lo abracen y mañana lo repudien, y viceversa, que otros hoy lo rechazen y mañana lo adopten en lo más profundo de su sentimentalidad, puesto que las ideas son cambiantes de suyo, y el Batllismo admite y desea que se le juzgue. Batlle, figura genial, es y será interpretado de mil modos distintos; se le atribuyen y se le atribuirán por unos ideas e intenciones que le negarán otros, y hasta hay y habrá ene-

migos del Batllismo que lo serán, conceptuando que el Batllismo no refleja el ideario o no realiza el programa de acción de Batlle.

Es que el Batllismo convida, incita, impulsa a las desidencias debido a lo libre que es su naturaleza.

De manera que el Batllismo, no tiene derecho a enrostrar a nadie deserción, y menos en el momento en que el desertor retorna a las filas, o manifiesta su deseo de retornar.

Postura contraria del Batllismo, frente a los que vuelven, equivaldría a demostrar que es, en vez de la colectividad política que cree ser, e indudablemente lo es, especie de entidad militar absolutamente inadecuada para las luchas en que interviene.

Tan honroso es lo de venir de vuelta, para el correligionario, como para el Batllismo recibirlo con los brazos abiertos, porque uno y otro en ese instante, ratifican su amor a los principios del partido. Y en quien es frecuente en cambio, según repetidas observaciones nuestras, que no haya timbre de gloria ninguno a pesar de que no haya desertado jamás; en el que es frecuente que no haya gloria, repetimos, es en quien, jactándose de su consecuencia, que no raramente es interés bajo y no raramente simple terquedad, se complace en reprochar a los que reingresan, su desviación de ayer.

Hay quienes padecen la locura de esforzarse en penetrar las intenciones íntimas y en expulsar del Batllismo a aquellos que por cualquier motivo se hacen sospechosos de insinceridad. Les pasa lo que a los que celan los ocultos pensamientos de la

consorte de conducta limpia. Suelen ser esos también los que se empeñan en no recibir bien a los que retornan.

La moral política no sabe de esas sutilezas éticas que obcecan a algunos. Ni conviene que sepa. Ni corresponde saberlo. Claro está que muchos son falaces, que muchos carecen de tenacidad para resistir a los mil modos de seducción que emplean las colectividades adversarias para atraerlos o para eliminarlos de la lucha. Pero un partido debe de considerar miembro de él, y como tal honrarlo, sin distinguos de ninguna especie, a todo aquel que manifieste ser correligionario. No importa el pasado personal de nadie, que no significa antecedente alguno suficiente para desdeñar o admitir una reincorporación, tanto más cuanto que, y el Batllismo en mayor grado, todo partido político debe poseer orgullo de su fuerza de proselitismo, de su capacidad de atracción, de las facultades que le permiten poner fe en sí, y fundadas esperanzas en su crecimiento y por ende en su definitivo triunfo.

Los que se irritan ante los que vuelven ofrecen un poco, el espectáculo de individuos nerviosos por el miedo a repartir el plato con un comensal más, y con frecuencia hemos observado que así son casi siempre los que, a dos por tres, se arrancan por las peteneras de proponer la expulsión de los que están en disidencia más o menos grave.

El Batllismo admite en sus legiones a todos los que quieren ingresar a ella, hayan sido Riveristas, o Sosistas, o Vieristas que al fin y al cabo emanen de la misma fuente temperamental, o naciona-

listas, o que hayan formado en los pequeños partidos de origen exótico, porque el Batllismo entiende que él, que su propaganda y su gestión, puede producir reacciones favorables en las mentalidades más diversas, dado su carácter de agrupación doctrinaria y evolucionista. El Batllismo no expulsa a nadie y ante los que se quieren ir, su única medida consiste en reflexionar y si lo reputa necesario, rectificarse.

PARTIDO COLORADO Y BATLLISMO

El Batllismo es el Partido Colorado. Batllistas de última hora, enamorados de la personalidad política de Batlle, admiradores de la obra redentora del Batllismo libertador, anticlerical, feminista, obrerista, protector de los viejos, de los niños, de las madres, gestor de la legislación social que enorgullece al país; los extranjeros que se han inscripto en las filas del Batllismo, por la verdad incontrovertible del programa de principios de éste y por las tendencias de libertad que el Batllismo encarna, suelen jactarse de no tener nada que ver con el Partido Colorado y fingen como que no entienden, a no ser a título de un hábil recurso, que Batlle cifrara uno de sus más caros galardones, en su calidad de colorado de sangre.

Los Batllistas de nuevo cuño a que nos referimos, no sabemos en qué, pero en algo se parecen a los nuevos ricos. A veces son simple comodones. A veces, equivocados. Suelen ignorar la Historia Nacional o no la han filosofado. No quieren tomarse el trabajo de levantar cargos, además.

Pues bien. Nada hay en el Batllismo de desarrollado y fructífero, que no existiera ya en germen, o también desarrollado entonces, en la mentalidad de los próceres de la Defensa, fundadores del Partido Colorado.

Frente a la xenofobia, al aristocratismo, al incondicional respeto al principio de autoridad y de orden, que caracterizó durante la hora de su nacimiento al partido de Oribe, alzáronse, las personalidades de Joaquín Suárez, de Melchor Pacheco, de Batlle y los otros, que en afectuosa y romántica camaradería con los unitarios argentinos, principistas de allende el Plata refugiados aquí, recibían con los brazos abiertos, como a hermanos, como a conciudadanos, al italiano Garibaldi o el español Pallejas, y a todos los extranjeros, basta que fueran hombres generosos y libres. Y hermanados, nos, conciudadanos reales de los colorados de aquella época eran los extranjeros que llegaban al país. La abolición de la esclavitud, enorme avance emancipador, fue obra del viejo Partido Colorado. El Partido Colorado, dió tierras a los pobres para que las poblaran. Antes que a la autoridad y al orden, el viejo Partido Colorado rindióse al principio de libertad y de justicia. El Partido Colorado en fin, fue como un gran padre, lleno de aspiraciones que no podía realizar sino parcialmente, porque se lo impedían las recias circunstancias históricas, tuvo que limitarse a lo que pudo, y confió en las generaciones que le seguirían.

¿Qué a lo largos de los años las alternativas propias de una vida colectiva que tuvo que desenvolverse o conservarse más de una vez en condiciones precarias o adversas, condujo a que se encumbraran con el nombre de Partido Colorado, sátrapas y bandidos del peor género?.

Eso no importa. Eso no significa claudicación

ninguna del Partido Colorado. El Partido Colorado no puede, ni debe cargar con eso.

Por qu eunos cuantos cuatreros se hayan apoderado de su nombre y lo hayan arrastrado por el lodo, no quiere decir que el Partido Colorado deba avergonzarse de sí mismo.

Don José Batlle y Ordoñez actuaba ya en política y don Lorenzo Batlle todavía no había muerto. En don José Batlle y Ordoñez como en don Lorenzo Batlle y en otros parecidos a ellos por su devoción a los postulados cardinales del siglo XIX, el del advenimiento de las repúblicas, se encontró constantemente, sin solución de continuidad el genio y la estructura del Partido Colorado en tanto los sátrapas se jactaban de representarlo. En próceres como los Batlle, estaba el alma del Partido que nunca transó co naquellos despotillas que para compensarse de la oposición del partido de donde emanaban, buscaron y hallaron en gobiernos de co-participación el apoyo de las más conspicuas figuras oribistas. En los despotillas nunca estuvo el Partido Colorado. Cuando Santos, el Partido Colorado estaba en el Quebracho.

Así pues no cabe duda de que el Batllismo es el Partido Colorado de siempre. Compuesto de uruguayos y de extranjeros que ayer defendieron a Montevideo, a América y al mundo, desde que su causa era humana, contra el despotismo de Rosas, hoy están en la misma trinchera, son los mismos y se llaman batllistas. Batlle fue siempre un prócer en la defensa de Montevideo, actuando en estos tiempos. Si frente a él, no estaban Rosas y Oribe,

estaban en cambio otros déspotas, déspotas hombres, déspotas instituciones, costumbres déspotas, déspotas conceptos, rutinas déspotas, y contra todos los déspotas combatió con el heroísmo que traía en las venas, el heroísmo de sus padres, los héroes de Montevideo.

La libertad, la justicia, la igualdad ante la ley, el respeto a las elevadas condiciones personales sin consideración a prejuicios, tales son los fundamentos ideológicos del Partido Colorado y tales los del Batllismo, por lo cual aunque los hechos históricos, aunque el eslabonamiento de los sucesos, no los identificaran, los identificarían sus programas. Lo de decir que el Partido Colorado es tradicionalista, en el sentido de que se es colorado porque sí, como si los colorados de hoy lo fueran porque lo fueron sus padres y por nada más, es un sofisma tradicional. La palabra “tradición” carece de propiedad y engaña.

Es cierto que hay una gran cantidad de familias coloradas, que no saben porque lo son, como hay una gran cantidad de familias nacionalistas que tampoco saben porque lo son, ni lo que defienden. Pero en ninguna parte de la tierra existe partido político ninguno, que sea absolutamente consciente, si se le estudia en las inteligencias individuales de los que constituyen la muchedumbre partidaria. Lo que revela la índole de los partidos, es la manifestación psíquica colectiva interpretada por su prensa, por sus prédicas de toda naturaleza y por sus realizaciones. Partidos de ideas y de sentimientos, fueron siempre los partidos de la Repú-

blica Oriental del Uruguay. No obstante un gran número de partidarios fueran y sean todavía ciegos.

¿Por qué motivo éste país, y tan luego éste país, republicano desde que nació, gestado y surgido al concierto del mundo, debido a una intensa lucha de ideas y de sentimientos, ha de constituir una excepción? La palabra “tradicional” y la palabra “tradicionalismo” es el producto de la observación errónea o apresurada de unos cuantos ases de la intelectualidad uruguaya de otrora, que pretendieron despreciar y avergonzar a los que combatían por el éxito de una u otra de las tendencias innatas, enrostrándoles su sinrazón y fundándose, aparentemente bien, en los hechos, al señalar la ceguedad de las masas combatientes. Pretensión vana la de esos tribunos de púlpito, que hablaban en nombre de la paz, de la armonía entre todos los orientales, del equitativo reparto del gobierno y de otras cosas por el estilo, como si el gobierno fuera para gozar presupuesto y prepotencia y no para gobernar y administrar la Nación. Quisieron acabar con los partidos. Fueron incapaces de comprender que todo país necesita para su vida y su progreso, la existencia de partidos; que éstos significan fatales resultantes de fuerzas sociales incoercibles, y que los partidos se debaten en la forma y con la fuerza que corresponden al coeficiente de cultura de que disponen.

El Partido Colorado, Batllista hoy, se presentó en las arenas de las contiendas cívicas como mejor pudo, y cumplió sus fines en todos los casos.

Posee acabada, perfecta, inatacable su entidad de partido histórico y de partido actual, y siempre y ahora, de partido de ideas.

Si algo tiene que aprender, será porque aprender tienen y tendrán mientras vivan, todas las entidades partidarias del Universo.

Y sepan los nuevos sricos del Batllismo, los que creen mejorarse ante el concepto público diciéndose batllistas y no colorados, que aunque no lo sepan o no lo quieran, en la realidad de los hechos, se posttran de hinojos ante los héroes de la Defensa de Montevideo, y que el Partido Colorado los quiere como a hermanos, pese a sus errores de concepto y a su vanidad inocua.

En resolución: — que el Partido Colorado y el Batllismo representan un solo ser social y político y es hora de que, los batllistas recién llegados, neobatllistas, a veces extremistas según ellos mismos, lo reconozcan.

BATLLE, COLORADO TIPO

Batlle fue un colorado tipo.

Liberal, en el sentido estricto, de viejo anticlericalismo criollo.

(Espíritu liberal, significa espíritu comprensivo, es decir capacitado para amar y en consecuencia, para perdonar a todos los otros espíritus. Y dado que la Iglesia Católica Apostólica Romana, representó al más caracterizado aherrojamiento de estas sociedades del Nuevo Mundo, he ahí que en estas tierras anticlericalismo y liberalismo, son sinónimos).

Batlle fue amigo del 'pobre y del desvalido. Enemigo del privilegio, de la riqueza sin mérito que la justificase.

Poseía un gran valor personal.

Progresista entusiasta.

Partidario de las ideas nuevas.

Fanático casi, de la ciencia.

Admirador del arte.

Por su devoción al progreso y por grandeza de alma, amigo de los extranjeros.

Sincero demócrata, creía en la infabilidad del instinto popular.

Enemigo de los blancos.

Dotado de fe inextinguible en el patriotismo, en la mentalidad, en la rectitud temperamental, y en la vitalidad orgánica del Partido Colorado, pensaba, que los blancos, oribistas o nacionalistas, como se les llame, son fundamentalmente argentinitas, descendientes directos de los que en tiempos de Artigas se apresuraron a renunciar a la primera independencia, para someterse a la Junta de Buenos Aires, desviación que los llevó a luchar contra el Brasil, para anexar la Banda Oriental a la Argentina, país hermano éste que había de ser en adelante y sigue siendo con respecto a los nacionalistas, lo que la tierra para Anteo.

Opinaba que el partido fundado por Oribe es por idiosincracia de sus fundadores, por herencia, y por necesidad de los que ingresan de moldearse e nel antecedente, un partido egoísta, ininteligente, desleal, perverso.

Estaba convencido de que el único modo de

hacer patria consistía, aunque el Partido Colorado supo durante largos años hacer el solo el gobierno y la oposición, en permitir que la democracia no fuera lo que en antiguos estados, democracia de un solo partido convertido en clase.

Eso sí, confiaba en que siempre triunfaría su partido, en que éste era el partido de la buena tendencia, en que ganaría siempre por contraste al medirse con el Oribismo. Confianza de que carecen determinados colorados, colorados desleídos a pesar de que semejan furibundos, apegados aún hoy a la triquiñuela presidencial y perennemente encolerizados ante el avance nacionalista.

PROTECCION A LOS QUE PRODUCEN

El lado negativo del socialismo, (1) estriba en aquella al parecer inevitable resultancia por la cual, se fomenta, en lugar de combatir, el apoltro-namientos de los ineptos. Defecto es éste del igualitarismo y del reparto.

En su hábito de combatir a los partidos avanzados de Europa, muchos reaccionarios, comprendidos entre ellos filósofos de nombradía, caen en la confusión de imputar a los sistemas republicanos de América, ese mismo defecto. Creen que las repúblicas, igualan, borran diferencias personales. En cierto modo no existe confusión, porque la república, por el paralelismo de acción iconoclasta, que tiene con el socialismo, también preconiza el concepto de igualdad; el más nefasto de los conceptos desde el punto de vista del estímulo que se debe a las actitudes individuales y a la especialización del trabajo. Pero en el fondo hay confusión, porque las desigualdades que rechaza la República son las *injustas* desigualdades, económicas y de todo orden.

El Batllismo, república bien entendida, partido que, mejor que los socialismos, no se arredra ante ninguna solución moderna de libertad y de jus-

(1) Nos referimos al sentido y al concepto vulgarizados de la doctrina de Marx.

ticia, en eso sepárase netamente del socialismo. El socialismo es, por su caracter de partido de polémica europea, excesivamente igualitario.

Antes que el concepto de igualdad, que no lleva a la práctica sino en cuanto se relaciona con la igualdad de los ciudadanos ante la ley, vale decir que no transa con los antiguos e injustos privilegios de clase, de casta y de familia, el Batllismo rinde pleitesía al criterio Spenceriano, individualista, de recompensas proporcionales a los méritos y condesciende solamente con el demérito cuando éste no depende de la voluntad del que lo ostenta o lo sufre, viejo, niño, enfermo o débil, mujer que gesta o amamanta.

Por eso los socialistas creen encontrar al Batllismo en más de una oportunidad, en franco renuncio. Y no hay tal. Lo que hay es que el Batllismo no cae en la ingenuidad clásica de los socialistas, ingenuidad que explica su fracaso en el espacio y en el tiempo. No cae en la ingenuidad del reparto universal, ni en la protección a “outran-
ce” de todos los hombres aunque no sirvan para nada.

Así por ejemplo, si bien ataca al capital de las empresas extranjeras, y prefiere al capitalista individual, el capital cooperativo o el capital manejado por el Estado, porque, el Estado es instrumento de todos, el Batllismo defenderá siempre al capitalista que es capitalista porque produce intensamente y mejor.

Axioma del partido, es, pues, la defensa del productor y considera que el consumidor a su vez,

debe ser defendido otorgándosele protección a sus facultades productivas.

Asiente a la lógica de los economistas europeos, que se preocupan de que no suba el precio de los artículos de primera necesidad, como no.

Porque allende el océano, las causas vienen de lejos y es imposible proceder de otro modo.

Pero cree que en estas tierras nuevas, en donde las masas trabajadoras recién ahora se están organizando y ahora recién templan sus armas del porvenir, cuadra preocuparse de que el consumidor que ha de pagar cara su subsistencia recurra para compensarse a las ganancias acrecidas que le aporten sus propias actividades.

Defender al productor, defender a todos los productores, alentar a todos los que trabajan, no importa que la vida se encarezca con tal de que el dinamismo eficiente de la República sea cada vez mayor, ese es uno de los lemas primordiales de la moral política o más concretamente de la moral económica, del Batllismo.

El encarecimiento de la vida es nefasto cuando se debe a la escasez de los artículos o a la pobreza de medios para adquirirlos.

Es por el contrario un bien, cuando cada ciudadano dispone de dinero suficiente para pagar el encarecimiento y existe positivo auge de la productividad general.

La norma es antes que deprimir, rebajar o mermar a nadie, mejorar, elevar, favorecer a todos y sobre todo a los que están en mala situación económica.

EL BATLLISMO ES ANTIPRESIDENCIALISTA

El Batllismo es adversario de la institución presidencial.

Decididamente republicano considera que la Presidencia de la República, es lo que la República al nacer trajo como una mancha del régimen monárquico que la antecedió. Que esa mancha constitucional revela la existencia de viejas células monárquicas siempre dispuestas a proliferar y a imponerse en el nuevo ser. De manera que en última instancia la Presidencia se constituye franca o embozadamente en dictadura, y franca o embozadamente tiraniza a fuer de gobierno unipersonal, como cualquiera de las más célebres y detestadas monarquías.

El Partido Colorado de la Defensa, pensó siempre así. Pero no veía otro remedio del mal que el que consiste en solicitar o exigir elevada moralidad, a la persona del Presidente de la República.

Batlle vió que esa moralidad excelsa, pedida o impuesta a las personas de los presidentes, es excepcionalmente obtenida, que la excepcionalidad no puede ser sino simple lenitivo de la enfermedad congénita y permanente del régimen. E inventó otra cosa. Se le ocurrió el gobierno colegiado para no caer en el mismo pozo, y ya que es inevitable la

existencia de una voluntad central, dotar a ese colegiado de una presidencia fugitiva, momentánea, que cumpla el objetivo único de transmitir las resoluciones y ordenar el debate del cuerpo deliberante directamente encargado de gobernar.

El horror a las presidencias, es un axioma batllista. Por eso en los clubes, en las agrupaciones batllistas cualesquiera sean, las presidencias son rotativas.

Es una modalidad de la profilaxis del despotismo en el que se cae fácilmente por el predominio de una sola persona.

Y aunque la concentración del mando en una individualidad quizá y sin quizá sea determinación producida por influencias ancestrales, y hasta ley natural común solamente a todos los países de la tierra y hasta a todos los complexos biológicos, toca al menos en aquellos casos en que las creaciones emanan casi privativamente del ingenio del hombre, que el propio ingenio del hombre se esfuerce en corregir los efectos perniciosos de esas creaciones suyas.

La Presidencia envanece.

De un modo artificioso concede al elegido Presidente, poder y honores que no siempre está probado que el elegido merezca y que no siempre el elegido acepta como otorgados más bien que a él a su investidura.

Mismo cuando merece el poder y los honores que disfruta, a menudo en vez de exaltarse sus virtudes, exáltanse sus caracteres egoístas y negativos, siendo la regla que en lugar de tender al per-

feccionamiento, el Presidente, por la sola circunstancia de ser Presidente, se inferiorize y defraude las esperanzas en él fundadas.

Además la Presidencia es institución que provoca la ambición de ocuparla y de consiguiente enciende disputas terribles para el país.

El Batllismo al atacar la institución Presidencial es consecuente con su amor a la libertad y consecuente como en los demás tópicos de su programa, con el ideario del Partido Colorado, ideario que no por vago en sus comienzos deja de ofrecer desde entonces las bases sólidas y eternas del más moderno y evolucionista de los partidos.

En oposición al Batllismo el Presidencialismo de otros colorados, significa lo que una renguera del Partido.

LA INTERVENCION EN POLITICA ES A
MAS DE UN DERECHO, UN DEBER DE CA-
DA CIUDADANO. POR ESO NO SE TEME,
POR AHORA, LA INTENSA POLITICA Y LA
FRECUENCIA DE LAS ELECCIONES, PUES
LLENAN ENTRE OTROS OBJETOS EL DE
HABITUAR AL PUEBLO A LOS DERECHOS
Y LOS DEBERES POLITICOS.

Ocuparse de los asuntos particulares, y no de las cuestiones de interés general que, en postrer análisis son todas las cuestiones de gobierno y de la marcha de la cosa pública, es enemigo de la patria.

Cuando la libertad de la Nación está amenazada por un ejército extraño, impónese que cada uno ofrezca su contribución de sangre. De idéntica manera, en la paz, cada ciudadano debe ofrecer su tributo de atención, de pensamiento, de palabra y de actividad, para repeler las causas que amenazan a las instituciones, propiedad de todos.

Por eso, en la seguridad de que uno de los resultados prácticos sea la educación política del pueblo, y la adquisición de la costumbre de colaborar en la defensa de los intereses públicos, el Batllismo preconiza la constante agitación de la masa por la propaganda. — Defiende la frecuencia de los actos

eleccionarios, de las conferencias sobre problemas sociales y económicos, el reiterado reclamo en favor de las soluciones que deben encontrarse para los problemas colectivos, y a pesar de que prevee, que a la intensidad política ha de suceder el cansancio y el abstencionismo de muchos, lo cual semejará contraproducción, no lo lamenta ni lo lamentará, porque está convencido de que los abstencionistas serán ora los malos entendedores, ora los que actúan movidos por personalísimas ambiciones, ora, en fin, los que conducidos por apasionamiento atávico de venganza o de odio, acaban por perder su pasión a fuerza de no satisfacerla ni cuando triunfan, dado que la época no permite tropelías de ninguna clase.

El Batllismo espera que el pueblo intervenga entusiasmado si se quiere, pero entusiasmado por objetos nobles, no como se entusiasma todavía en gran parte por objetivos que no entiende o por bajos sentimientos.

Para cumplir el deber de hacer política no es necesario sin embargo que el pueblo se entusiasme, ni se emocione hondamente. No es necesario el celoso amor propio que ponía antaño en las batallas cruentas, y que ahora se constata en los comicios. El labrador, el obrero, el industrial, el comerciante, etc., no tienen por que abandonar su trabajo. Disponen de horas libres. No es de obligación que se perturbe la tranquilidad de los hogares. Ahora existe perturbación porque la política aún no es cultivada como corresponde y porque falta en las muchedumbres el sentido de que los partidos más adversos al luchar, en realidad colaboran.

Si mañana la política continuara obsesionando a las multitudes hasta el punto de arrebatárselas del trabajo, tiempo habrá de remediarlo, que el mal hoy es otro. El mal, hoy, es que el gobierno no es resultante perfecta ni mucho menos, de la voluntad de todos los ciudadanos. Y ese mal se remedia propendiendo a la costumbre de intervenir en política, costumbre que a su turno propiciará el advenimiento de la educación política que tanto se necesita.

Los demagogos, los caudillos y caciques de repudiabiles instintos, temidos por ciertos demócratas sinceros, existirán y constituirán un verdadero peligro mientras el pueblo no entienda bien lo qué es y para qué es la política y mientras su intervención en ella no sea habitual, razonada, fría.

EL GOBIERNO DEBE SER DE PARTIDO

Mientras el Nacionalismo preconiza el gobierno “nacional”, y, sin embargo, no lleva jamás a puestos de gobierno, a sujetos colorados, por idóneos que sean, salvo cuando se han vendido por promesas, el Batllismo, sinceramente, juiciosamente preconiza el gobierno de partido.

Decir que no se quiere gobierno de partido es o una hipocresía o una astucia o una astuta hipocresía.

Si un partido aspira al gobierno es porque se considera apto para ejercerlo. Si no se considerara apto para gobernar, debería disolverse.

Llamar para puestos de gobierno a componentes de un partido adversario, constituye claudicación, y además desaire para los individuos del partido, que se creen con condiciones.

Es prestigiar al adversario. Vale decir un absurdo.

Es a veces pusilaminidad, carencia de fe, confesión de impotencia, de pesimismo, derrotismo.

El Batllismo se juzga apto para gobernar. Piensa que está compuesto de los hombres más inteligentes y capacitados. Para desempeñarse en el gobierno de la República no necesita recurrir a enemigos.

Cuenta con un gran número de afiliados y entre

ellos no falta ninguna de las especializaciones del conocimiento. En una palabra, por lógica tiene que sostener y sostiene la tesis del gobierno de partido, seguro de que él puede mejor que nadie realizar el bien de la nación entera.

Ahora ¿qué el Batllismo es exclusivista?

Ah ¡No! — Que cada electorado lleve al gobierno por decisión de leales justas cívicas, los hombres que quiera. A eso el Batllismo no se opone. Al contrario lo prohija y lo proclama. Lo ve con satisfacción. El Batllismo no se incomoda cuando ve ante sí a los municipios nacionalistas, a los diputados nacionalistas, a los consejeros nacionalistas, legislando y disponiendo.

Lo que no admite es que un partido para gobernar eche mano de elementos que no le pertenecen a pretexto de hacer política nacional.

Dicha política nacional es la nefasta política de las coparticipaciones, de las repartijas que a veces fueron bien intencionadas, no lo negamos, aunque erróneas, pero más a menudo destinadas a acallar espúreas ambiciones con mendrugos mientras se negaba al pueblo su legítimo derecho a intervenir en el gobierno y a hacer él la equitativa repartición según corresponda a la potencialidad de sus distintas agrupaciones.

EL BATLLISMO ES CONTRARIO A LAS EMPRESAS EXTRANJERAS Y ETATISTA.

Ni el grado de inteligencia que posee el país, ni sus capacidades prácticas, permiten que aun hoy sea imprescindible, para la explotación de la riqueza nacional y para su adelanto, la concurrencia de los capitales extranjeros. Una a una las empresas extranjeras deben ceder el campo a empresas nacionales. Aquí, hay capital suficiente. Aquí, vive una raza que emana de las mejores razas europeas. Las instituciones del país son serias, orgánicas, responsables, respetables. No tenemos porque renunciar a iniciativas que nosotros podemos concebir y llevar al terreno de la práctica. Y si los capitalistas criollos, latifundistas en general, carecen de espíritu para lanzarse ellos a las empresas, el país no está en ese caso, y debe lanzarse a la empresa él, por medio de su órgano genuinamente representativo y eficiente, el Estado.

De ahí que el Batllismo sea enemigo de las empresas extranjeras, y sea etatista.

El estado empresista, respeta el obrero; se erige en asociación cooperativa nacional; limita a los capitalistas individuales, que son despóticos, al final de cuentas; está directamente sancionado por el pueblo; entrega al país, de donde la saca, toda la ganancia, y por la solidaridad de los distintos entes

que constituyen al Estado, encuentra con facilidad recursos para defenderse de los riesgos inherentes a toda empresa. ¿Qué entonces hay qué concluir qué el Batllismo, qué así piensa, es socialista? — Lo será. Y no trepidamos en afirmar que lo es, aunque con algunas restricciones. Una democracia real no puede opinar de otra manera, ni ser otra cosa.

Y para el País, opinar en contrario, vale tanto como que el país se niegue a sí mismo.

Por otra parte, es evidente que una democracia tiene, por fuerza, tarde o temprano, que rebelarse contra la absorción producida por los explotadores de afuera, y tiene, también, tarde o temprano, por fuerza, que comprender que; si por el impuesto que paga, cada ciudadano es un naccionista que tiene voz y voto en el Directorio en el momento del comicio y por sus representantes, natural es que el Estado deba tener a su cargo la explotación de las riquezas del suelo para devolverles enseguida a su origen y que nunca se acaben.

¿Qué se corre el peligro de amortiguar la aco-
metividad particular? — ¿Qué se pierden los in-
tuitivos de las actividades individuales?

No haya cuidado. Las actividades individuales, el espíritu de iniciativa y la aco-
metividad encuentran campo de acción en la empresa estatista. Además siempre queda terreno que el Estado no bardeará. Fuera de que eso será en puridad, un problema de futuro.

El problema actual, lo plantea la empresa ex-
trangerera que se lleva el dinero nacional, y el rico la-
tifundista que no muere.

El Nacionalismo, obsecuente con los latifundistas que lo dirigen, e incomprensivo, es empresista en el sentido de defensor de las empresas extranjeras, y enemigo de que el Estado se organice en empresa. A pesar de las lecciones que el Batllismo le dá, entiende que hoy el Estado se resigne al papel de simple entidad rudimentaria como era antes, destinada a contiendas bélicas casi invariablemente. No entiende el pobre Nacionalismo que el Estado tiene por primordial encargo, la administración de las fuerzas económicas del País, que es el País mismo, y que a nadie, ni empresa extranjera, ni persona ninguna, asiste derecho a medrar a costa del País.

HAY PRUEBAS IRREFUTABLES DE SUPERIORIDAD DEL PARTIDO COLORADO O BATLLISMO, SOBRE EL PARTIDO NACIONALISTA

Ante el extranjero imparcial, son infinitas las pruebas de la superioridad del Partido Colorado o Batllismo, sobre el Nacionalismo.

Pero en una, se sintetizan todas, y esa una, es la siguiente:

Que mientras el Partido Nacionalista reduce su política a reclamar y conquistar derechos y ventajas, y en cuanto le toca cumplir un deber se hace el desentendido, el Partido Colorado, a pesar de ser dueño del mando y haber vencido en los campos de batalla, se ha resignado a perder posiciones y ventajas, en cumplimiento de deberes.

El Partido Colorado, poseedor del poder accedió a la descentralización del poder, o sea al debilitamiento de su autoridad cuando pudo negarse; dueño de la policía y del ejército, admitió que una y otro se entregaran maniatados en las luchas cívicas; en la posibilidad, como gobernante, de ejercer coacción, admitió el secreto del voto; seguro de que los viejos registros la daban mayoría en las urnas, propuso y exigió que se les quemara, etc., etc. Sin embargo el Nacionalismo formula contra el Partido Colorado

la imputación de que muchos de los sacrificios de mando fueron hechos a regañadientes y que tal cual vez algunos colorados se han mostrado arrepentidos de las generosidades. La imputación es fundada, contestamos. Pero téngase en cuenta que quien saca tajada del principismo colorado, es nada menos que el Partido Nacionalista, que presidencialista y centralista por principios, se burló de estos a fin de adquirir posiciones de gobierno, y que no bien estuvo a su arbitrio el cumplimiento de deberes de equidad, como el respeto a los fallos de la Corte Electoral, o la integración de la Corte con neutrales intentó negarse y puso así de relieve su pésima índole moral que por otra parte es axiomática desde Oribe a la fecha. Cualquiera es generoso con semejante partido y se explican algunos arrepentimientos.

POR EL CLUB BATLLISTA DE SANTA LUCIA:

MATEO LEGNANI, VICENTE GRUCCI,
ANTONIO VOLPE, MANUEL BERBEJILLO
FALCON, RUFINO MARTELLETI, MANUEL
GÓNZALEZ, JUAN B. SANTOS, AGUSTIN CA-
PUTI, GREGORIO W. PERDOMO.

Santa Lucía, Marzo 10 de 1930.

